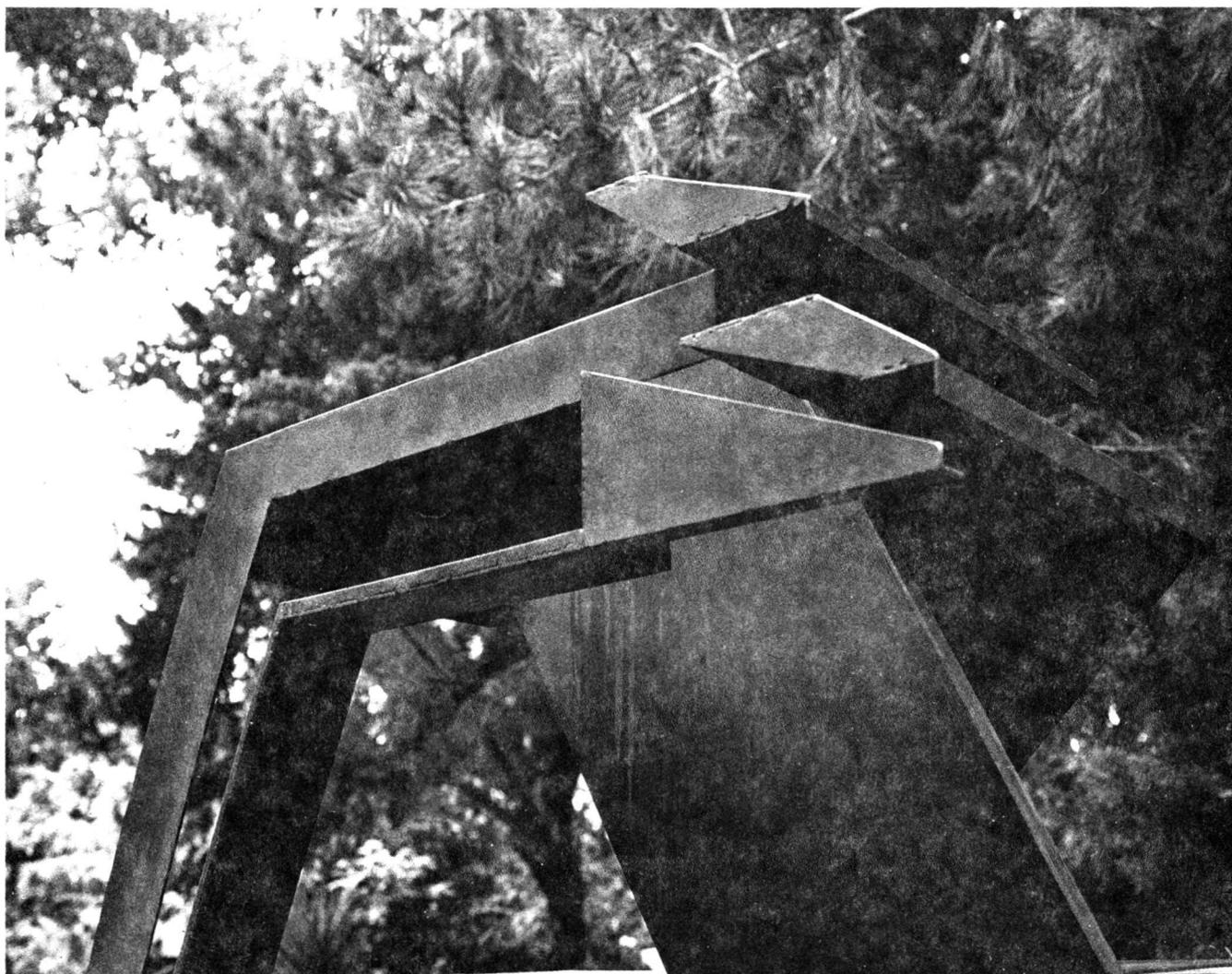


---

# ANGEL RAMA VISTO POR UN COLOMBIANO

Por  
Juan Gustavo Cobo Borda

---



“Arquitectura con triángulos” 1982. 0,55 × 1,50 × 0,55 cms.

La plácida e inofensiva república de las letras colombianas, con su chismografía barata, sus resquemores provincianos y sus sonetistas dominicales, fue sacudida a fines de los años 60, por un ventarrón macondiano. Eran las conferencias que un crítico uruguayo, Angel Rama,

dictaba en el auditorio de la Universidad Nacional, en Bogotá, invitado por Marta Traba. ¿De qué hablaba?

Su caudal verbal era apabullante, pero aquellos que asistíamos, estupefactos, a ese espectáculo de pirotécnica in-

telectual, insólita dentro de los sosegados parámetros de la altiplanicie chibcha, íbamos distinguiendo, poco a poco, por debajo de las citas de Roland Barthes y los formalistas rusos, el tema de sus charlas. Hablaba de Gabriel García Márquez. La dificultad para reconocer el tema residía en su manera de abordarlo: dentro de un marco de exigencias a los cuales no estábamos acostumbrados. Un marco de exigencias rigurosamente contemporáneo.

Aún recuerdo, azorado, cómo algunas de las reseñas que aparecían por aquel entonces en la prensa colombiana, se especializaban en señalar los lunares que, según ellas, afeaban a *Cien años de soledad*. Ignacio Escobar López, por ejemplo, en *El Tiempo*, de Bogotá, le reprochaba sus expresiones gruesas y sus *ques galicados* (*ques galicados* que luego, como diría un amigo, el poeta Rogelio Echavarría, no se notaban tanto en la edición francesa). De otra parte, Eduardo Gómez, en *Enfoque internacional*, una revista financiada por la Unión Soviética para divulgar las bellezas de Ucrania, señalaba sus carencias ideológicas: la novela no concluía en una forma positiva y recurría a un exotismo bastardo. Esto último a propósito de los gitanos. Lo cual no era demasiado grave pues al fin y al cabo, y según este reseñista, el modelo que debían seguir los jóvenes escritores colombianos no era precisamente García Márquez sino Thomas Mann. Cada cual, entonces, es libre de elegir el exotismo que más le convenga. Lo que se mide son los resultados.

No sé si en todas partes suceda lo mismo, y cada país pueda aportar su cuota propia de anacronismo e insania. Sólo sé, y me consta, que en el mío pasaba (¿pasaba?) esto, y lo recuerdo, con nombres propios, para no olvidarlo del todo. Rama, en cambio, apelaba, sí, a Umberto Eco y a Galvano della Volpe, también bastante espesos ambos, pero, además, se iba a Barranquilla, a escarbar en medio del calor del trópico, los tijereteados archivos locales, rastreando allí los orígenes de García Márquez. Sus primeras columnas periodísticas, sus iniciales esbozos narrativos, sus raíces propias. Iniciaría, suscitador como siempre, una investigación que luego Jacques Gilard, más francés, más profesoral, y más pausado, llevaría a su término. Los extranjeros, gracias a un nativo de Aracataca, comenzaban a estudiarnos como bichos raros..

## Las preguntas de Rama

Angel, en cambio, ya andaba en otra cosa, preguntándonos quién era Ramón Vinyes, cuáles libros había publicado José Félix Fuenmayor, por qué Alvaro Cepeda Samudio no escribía más, o dónde se conseguía una colección completa de la revista VOCES, la única revista de vanguardia que había existido en Colombia, entre 1917 y 1920, dirigida por el sabio catalán en la pujante Barranquilla de aquel entonces. No sabíamos que responderle, pero quedaban las ganas de averiguarlo. Partía lue-

go, llevándose a Marta Traba como compañera suya para el resto de sus días, pero no dejaba sólo ese rastro fugaz hecho de incitaciones y preguntas.

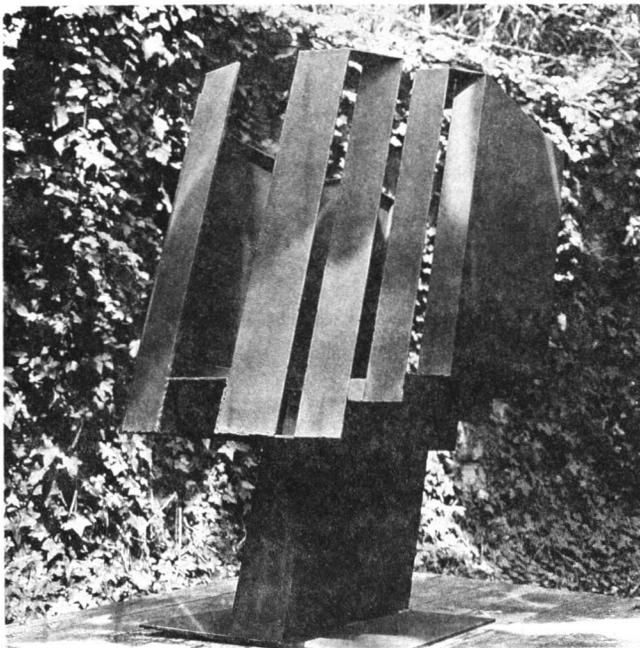
Divertido con el hecho de que en el corazón de la cultura “cachaca” —Bogotá— hubiese un enclave germánico, la Librería Buchholz y la revista ECO, que comencé a dirigir en 1973, me bombardeaba desde cualquier lugar de este continente, Montevideo, Puerto Rico, Caracas, Washington, con artículos suyos y manuscritos ajenos que contribuirían más que ningunos otros, a crear una fecunda continuidad latinoamericana en sus páginas.

En la bibliografía parcial de su trabajo que realizaron discípulos suyos, en Maryland, los marqué, y eran varios. No la tengo ahora a mano pero recuerdo, con claridad, páginas tuyas dedicadas, cómo no, a Onetti y Augusto Monterroso, Carpentier y Juan Gelman, Reinaldo Arenas y Plinio Apuleyo Mendoza, *El otoño del patriarca* y *La guerra del fin del mundo*, Heinrich Böll y los problemas, en el pensamiento, que acarrea la censura. Esta enumeración, también parcial, y sólo referida a una revista colombiana, corrobora el modo infatigable como asumía su tarea de crítico literario.

Una vez, en Bogotá, y en rueda de amigos, evocó los tiempos míticos de *Marcha*. Cómo, en una ocasión, y ante los siempre imprevisibles dictámenes de los arcanos personajes de la Academia Sueca, el Nobel había recaído sobre un checo, polaco, escandinavo, hawaiano o australiano, aún no traducido al español. Al comenzar la noche, y luego de haber ubicado en Montevideo al emigrante atónito, Rama, a su lado, oía la versión oral de alguna de las novelas del galardonado, y tomaba notas. Luego, sin pausa, redactaba el artículo, y al día siguiente, además del inevitable cable de la U. P. I., dando la noticia, allí estaba la reseña esclarecedora.

Para nosotros, todo esto parecía una fábula moralizante, en pro del trabajo. Pero así era como se *laboraba* en el Uruguay de aquel entonces. Con cuatro, cinco, o seis puestos, de la cátedra al periódico, de la universidad al colegio secundario, de la reseña teatral a la corrección de pruebas en una editorial.

Rama, urgido por tantas demandas, no parecía tener demasiado tiempo para darnos obras acabadas. Pero de todos modos, y en aquellos años, ensayos como “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, aparecido en *Casa de las Américas* (1964) y reproducido en *Letras Na-*



"Arquitectura - Yelmo" 1982. 0.95 x 1.10 x 0.60 mts.

cionales, una revista colombiana, se volvieron tema de conversación habitual.

Marcaron una época, de euforia positiva e intercomunicación válida. Era el alba de nuestro "boom" narrativo, por todo el continente, al cual Rama contribuiría, de modo decisivo, y del cual luego renegaría, con rotundos argumentos y pormenorizadas estadísticas. (Véase *Más allá del boom: literatura y mercado*, de Rama y otros editado por Marcha, México, 1981). A Rama le encantaban esos virajes. Contribuían a mantenerlo perpetuamente joven. Lo llevaban a plantearse nuevos interrogantes.

## Sus métodos de trabajo

Más tarde la reunión de sus artículos en *La generación crítica*, en *Los gauchipolíticos rioplatenses*, un título tan horrible que sólo podría ocurrírsele al propio Rama; en su prólogo al Onetti de *El pozo* y en su ensayo, en un volumen colectivo (Paidós) sobre Juan García Ponce, nos mostraba su forma peculiar de enfocar el análisis literario. Teniendo siempre presente la sociedad que lo engendraba, elaboraba, por una parte, síntesis amplias, que abarcaran una región o un período; o hundiéndose, con delectación obsesiva, en un solo tema, o en un solo autor, intentaba agotarlo.

De ahí su volumen sobre Salvador Garmendia, su análisis de José Antonio Ramos Sucre, el poeta venezolano,

su interés por los diarios de Rufino Blanco Fombona, sus aproximaciones a José María Arguedas, sus calas en Rubén Darío y el modernismo, su introducción a *Crónica de una muerte anunciada* (Círculo de Lectores), todos los cuales certifican, con espléndida eficacia, la validez de sus indagaciones.

Además, ¡cuántas otras cosas!: la polémica con Mario Vargas Llosa sobre los demonios literarios; la comparación entre Norberto Fuentes, de Cuba, e Isaac Babel, de Rusia, con todas las implicaciones del caso; la atención prestada a la Argentina de Walsh, Urondo y Conti, insertándose de lleno en los debates ideológicos de estos últimos 20 años. Su polémica con Reinaldo Arenas, a propósito del exilio en general, y el cubano en particular. La lista resulta abrumadora, como siempre sucede hablando de Rama.

Su activismo, su proselitismo literario, no parecían tener término. Pero, finalmente, su voracidad al respecto pudo concentrarse en una tarea digna de sus fuerzas: la Biblioteca Ayacucho, ese repertorio de quinientos títulos latinoamericanos que armamos en Caracas. Armos, digo, ya que aunque nadie lo crea, en aquel entonces fui invitado al simposio inicial como representante colombiano, gracias a Rama, para trazar el plan en compañía de Luis Alberto Sánchez y Leopoldo Zea, Mario Vargas Llosa y Ernesto Sábato, Tulio Halperin Donghi y Gonzalo Rojas, Miguel Otero Silva y José Emilio Pacheco. Fue, para decirlo del modo más suave, mi ritual de iniciación en el mundo de los grandes sabios literarios latinoamericanos.

Aterrado por mi colosal ignorancia apenas si me atreví a sugerir que al lado de las previsibles *María* y *Vorágine*, Silva, *El Carnero* y Carrasquilla se reeditara a Vargas Vila.

Todos aplaudieron unánimes pero Angel, más sádico, tenía otros planes para mí: me obligó a reinventar a Sanín Cano.

Diez libros, miles de artículos dispersos por el mundo, de Londres a Buenos Aires, de San José de Costa Rica a Rionegro, Antioquia, y con una existencia que llegó casi al siglo, nunca, como entonces, por culpa de Don Baldomero Sanín Cano, por culpa de Angel Rama, había trabajado tanto. Me estaba "uruguayizando".

Empecé a frecuentar las bibliotecas, no sólo las de Colombia sino las de Estados Unidos, donde sí estaba todo; perdí la vista intentando descifrar desdibujadas fotocopias, empecé a pensar en Martí y Mariátegui, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, en Picón Salas y Arciniegas, en Borges y Octavio Paz, en Pepe Bianco. En los años del "boom" novelístico, gracias a Sanín Cano, gracias a Rama, iba descubriendo que América Latina era una tierra de grandes ensayistas.

No era extraño, entonces, que otro uruguayo, Zum Felde, maestro de Rama, haya dejado un libro imprescindible al respecto, y que nuevamente, gracias a todos ellos

unidos, sea factible trazar las grandes líneas de nuestro desenvolvimiento intelectual que ahora desembocaban en ese chisporroteo feliz de narradores, tan acuciosamente seguido, y promovido, por Rama. Madurez y autonomía, éstos eran inexplicables sin aquellos, los abuelos que habían despejado el terreno. El Martínez Estrada que pensaba la Pampa, el Cardoza y Aragón que reflexionaba, poéticamente, sobre Guatemala, el inolvidable Carlitos *Irreal* de Azúa (como lo llamaba el poeta nicaragüense Mejía Sánchez) a quien con motivo del célebre simposio conocí en Caracas, y a quien, años después, en su historia visible y su historia esotérica, en su diagnóstico del patriciado uruguayo, pude apreciar, en toda su valía. No podemos olvidarlos.

Por mi parte, y yendo siempre por donde no tocaba, en aquellos mismos años iba empezando a recopilar los nombres claves de los poetas de este siglo, en todos los países latinoamericanos. Ahora, cuando el Fondo de Cultura de México edita esa antología que se fue haciendo a lo largo de estos quince años de intercambio epistolar y verbal con Rama, recuerdo sus palabras en el prólogo a su libro *La novela latinoamericana*, editado por Procultura, en Bogotá, y cuyas pruebas —¡qué remedio!— me alegró corregir.

Los géneros reales de este continente —dice Rama— son la poesía y el ensayo. La novela sería el género bastardo, popular y democrático. Pero gracias a la poesía muchos hemos podido resistir estos tiempos infames.

Sí, la época, como todas las épocas, no era buena; y había, aquí y allá, desgarramientos, represión y militares. En el prólogo a la novela póstuma de Marta Traba, *En cualquier lugar* (Siglo XXI) he intentado razonarlo. Y en ella, al igual que en *Conversación al Sur* (Siglo XXI) la otra novela suya, centrada en el Uruguay, y escritas ambas cerca de la mirada crítica de Angel, novelas que esperamos puedan ser leídas por fin, ahora, en este renacido país, esto se manifestaba en forma impresionante.

Sólo mediante esa forma de memoria colectiva, que era la literatura, conjugando lo que padecía la gente, y la visión artística que reelaboraba el testimonio inmediato, era factible superar el horror y no perder, del todo, una identidad hecha trizas. Sí, tortura y exilio, tal fue la década del 70, entre nosotros. Nuestro destino, en las buenas y en las malas, era común.

Tal fue una de las lecciones más importantes de Rama.

## Las respuestas creativas

La mejor respuesta a tantas catástrofes, quién lo duda, eran las 500 páginas en que Rama agrupaba sus panoramas novelísticos. Allí, siguiendo a Darcy Ribeiro, él nos hablaba de una cultura andina, de una cultura caribe, de

una cultura del Río de la Plata, no balcanizadas sino unidas gracias al acierto de sus mejores creadores.

Desde los precursores de los 20 —Felisberto Hernández, Pablo Palacios, Julio Garmendia, José Félix Fuenmayor, Martín Adán— pasando por los “transculturados” —Rulfo y Arguedas, García Márquez y Roa Bastos, Guimarães Rosa— hasta llegar a los “novísimos”, a quienes alcanzó a visualizar en un volumen antológico (Marcha, México, 1981) otro mapa de nuestras letras, más amplio, generoso, y sugerente, se iba dibujando. Un mapa donde Puerto Rico y las Antillas Francesas tenían cabida. Un mapa orlado por las largas letanías rituales de Aime Cesaire y la sofocante música de Luis Rafael Sánchez y su guaracha del Macho Camacho.

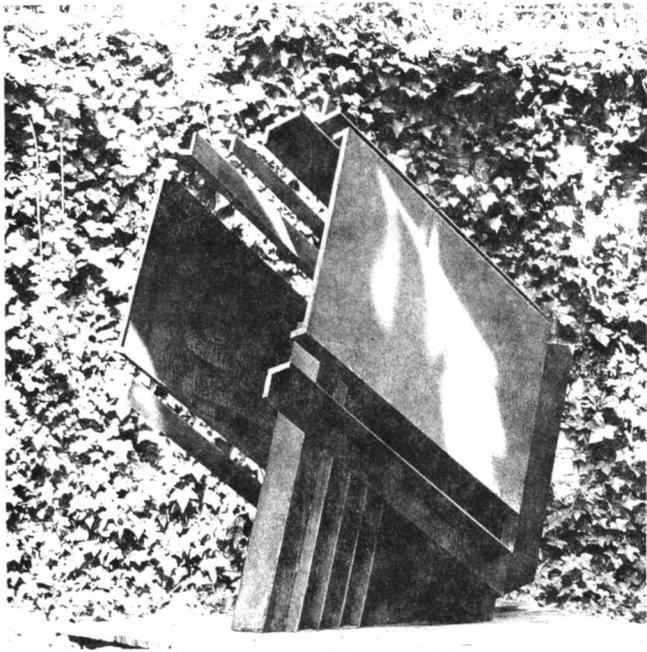
Muchos escritores jóvenes, en muchos países latinoamericanos, le deben a Rama la nota perspicaz que les permitió reafirmarse en su talento inicial. Suescún, en Colombia; Luis Britto García, en Venezuela; Rosario Ferré, en Puerto Rico; Antonio Skarmeta, en Chile; Alfredo Bryce Echenique, en el Perú; Juan José Saer, en la Argentina, estoy seguro, reconocerán este estímulo.

Rama estaba siempre alerta, y ávido por detectar nuevas voces, quizás por ello su prosa, que critiqué, como buen bogotano, por rápida y descoyuntada, era una prosa urgente, casi acezante. Quería transmitir pronto, y a como diera lugar, muchos libros leídos, muchos diálogos entusiastas, encuentros, revelaciones y viajes. Excesivo fervor y apresurada impaciencia de corazón. También una memoria envidiable, que se paseaba, horas, desde el romancero hasta Rubén Darío, a quien tanto quiso.

A veces me sorprende, también, un giro antañón en sus frases, pero él venía de un mundo que yo desconocía, sin remedio: los novelistas nórdicos (hablando de las influencias de Rulfo, en su libro *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo XXI, 1982, hay unas páginas sorprendentes), cronistas coloniales, crítica de teatro.

Y, cómo no, también una novela, ¡*Oh sombra puritana!* sobre la cual prefería tender un férreo velo de pudoroso silencio. El también había incurrido en el mismo género que ahora desmenuzaba, como entomólogo, y relacionaba, como cartógrafo. ¡Cuántas fecundas paradojas!

Pero en sus últimos trabajos, *La ciudad letrada*, el prólogo a *Clásicos Hispanoamericanos* (Círculo de Lectores) su estilo, y sus ideas, se habían aquietado un poco, tornándose más diáfanos. Había llegado a una ajustada comprensión de nuestro modo de ser, a partir de las ca-



“Victoria Alada” 1982. 1.10×0.72×1.20 mts.

tegorías establecidas por José Luis Romero, el historiador argentino, en su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976). Rama ya percibía, con honda nitidez, el matiz diferencial americano, y lo proyectaba, a nivel de historia intelectual, a lo largo de cinco siglos, y a través de todos sus cambios, modulándolo sin perder la visión de base:

“La conquista española fue una frenética cabalgata por un continente inmenso, atravesando ríos, selvas, montañas, de un espacio cercano a los diez mil kilómetros, dejando a su paso una ringlera de ciudades, prácticamente incomunicadas y aisladas en el inmenso vacío americano que sólo recorrían aterradas poblaciones indígenas”.

A partir de esas ciudades, de esos espacios urbanos que invertían, exactamente, el proceso fundacional europeo —no un desarrollo agrícola que concluía en una urbe, sino una urbe que debía generar el desarrollo agrícola, olvidándose de lo que decía Hernán Cortés: “Llegué aquí en busca de oro, y no para arar la tierra como un campesino cualquiera”— era necesario replantearse todo el asunto, estudiándolo con óptica propia. Percibiendo la singularidad de los tiempos que habrían de insertarse en tal espacio, también singular. Así, hablando de Tomás Carrasquilla, dirá Rama:

“Los cultores de la historia lineal de la literatura han fracasado en sus discursos interpretativos porque no quisieron ver la superposición de tiempos, de culturas, de estratos, que caracterizan a la América Latina y que imponen el manejo de otros instrumentos para organizarla en un discurso crítico. El costumbrismo, el realismo,

mo, el criollismo, el regionalismo, no son anteriores o posteriores al ‘modernismo’, sino contemporáneos y traducen la variedad cultural del continente en un mismo período. Esta pluralidad de culturas simultáneas, como no han dejado de subrayar los antropólogos, jamás pueden medirse por su ubicación ideal en una única línea de desarrollo, mediante una encadenación lógico-temporal que hace de un estadio cultural el antecedente de otro, sino por su interior especificidad. Su legitimidad deriva de su propia coherencia”.

(Prólogo a *Clásicos hispanoamericanos*, 1983, Círculo de Lectores, p. 29).

Había dejado atrás al rotundo Luckacs de sus comienzos y ahora parecía más próximo al sutil y refinado Walter Benjamin, por el cual comenzó a aprender alemán en Caracas, a los cincuenta años. Integrar la variedad de culturas simultáneas y válidas en un gran discurso de historia cultural que no limara las diferencias sino que resaltara la diversidad, que conocía bien, de cada conglomerado: a ello se dedicaba Rama en sus últimos años.

De eso hablaba su ponencia sobre “La concertación de los relojes atlánticos”, de aquí y de Europa, cuando viajaba hacia Bogotá, invitado por el presidente Betancur, quien le había otorgado la ciudadanía colombiana ante el rechazo de Estados Unidos para concederle una visa, dispuesto a participar, con el ímpetu habitual, en un congreso sobre el influjo de la generación española del 27 en estas Indias Occidentales. Murió en Madrid, en el choque de un avión de Avianca, al lado de Marta Traba, y sólo ahora, al parecer, estamos en capacidad de valorar su vasto legado, asumiéndolo y prolongándolo.

Rama murió en su ley, transmitiendo a todos cuantos le conocimos, su indeclinable entusiasmo por la letra impresa, referida siempre a estos pueblos que tanto amó, estudió y contribuyó a darles autonomía no sólo literaria. Tampoco podemos olvidarlo. Nacido en 1926, muerto en 1983, sus treinta ininterrumpidos años de actividad docente, periodística, editorial e investigativa, merecen, como él mismo nos lo indicaría, toda nuestra atención crítica, a la vez pasional y rigurosa<sup>1</sup>.

Buenos Aires, febrero de 1985

1. Lo cual ya se cumple en el caso de sus discípulos más próximos: ver, como ejemplo, la reseña de Abril Trigo-Ehlers a *La ciudad letrada*, 1984, incluida en el número monográfico dedicado a Rama y Marta Traba por la revista “Prisma/Cabral”, de la Universidad de Maryland, Nos. 12/13, 1984. Allí se dice: “En los primeros capítulos Rama nos propone ciertos interrogantes que luego, en los restantes, no acierta a responder”. “*La ciudad letrada* se nos presenta como un trabajo germinal, incompleto, que llevaba a su autor por sendas no demasiado transitadas. Sus viejas pasiones (sus viejas obsesiones), le jugaron a Rama la mala pasada de impedirle superarse a sí mismo”, p. 153-154.